

Una década que dura demasiado

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

Algunos países han llegado, en su sabiduría, a limitar los mandatos presidenciales. Una sabiduría aún más profunda les debería o nos debería llevar a limitar la duración de los partidos en el disfrute del Poder. Con estas dos previsiones, el futuro de España sería hoy más risueño, y podríamos

escribir sobre los diez años que lleva el PSOE en el Poder con la melancolía propia de recordar el tiempo ido, y no con la incertidumbre y la pesadumbre del tiempo que vendrá, de la misma mano, más vieja, más cansada, que viene rigiendo la política nacional desde 1982. En efemérides de esta clase suele acabar diciéndose eso de que diez años son muchos años, que en tanto tiempo han sucedido cosas buenas y malas y que el Gobierno habrá hecho cosas malas pero también cosas

buenas. De ahí a suspender el juicio que merece toda acción de Gobierno, no hay más que un paso, que algunos convierten en zancada. Después de varios años en que los pro-pangandistas del felipismo han intentado persuadirnos de que todo lo hacían bien, ahora quieren convencernos de que lo

reconocer lo que han hecho bien, despachando con referencias a las debilidades humanas aquellos fallos que tal vez, acaso, probablemente, se hayan podido producir. Han bajado el diapasón, pero siguen con la misma cantinela.

Pues bien, como el juicio político de una década debe hacer abstracción de los detalles, mirando al proceso en conjunto lo natural y lógico es ver cómo estábamos y cómo estamos, en qué ha mejo-

«Ni en la política, ni en la economía, ni en la Universidad, ni en la Administración, la gente de hoy está más capacitada que la de la época ucedea, que era una mezcla del personal joven del franquismo y de la oposición de derechas a la dictadura.»





Si lo necesario era que las izquierdas llegaran al Poder, llegaron con todos los apoyos imaginables y algunos más.

rado la vida de la nación española en estos diez años y en qué ha empeorado; por encima de todo, debemos intentar establecer el rumbo que ha impreso a la vida colectiva esta década de navegación socialista con Felipe González al timón. Toda generalización contiene algo de injusticia, pero en una década, lo injusto, intelectualmente hablando, es no atreverse a generalizar.

Cuando en 1982 el PSOE llega al poder, hay varios ingredientes positivos que incluso los que ni entonces ni ahora hemos considerado bueno el socialismo para España o para cualquier otro país, debemos reconocer. El primero, en el que nadie repara hoy, es que la disgregación de UCD y la ab-

surda división electoral entre los centristas y la entonces creciente Alianza Popular —división imputable a los centristas, conviene recordarlo— no precipita a España en un vacío de poder, tan peligroso en las cercanías del Golpe de Estado de febrero del 81, sino que, de las manos de UCD, el poder pasa a las manos de otro partido con vocación, identidad e implantación netamente nacionales. Dada la tendencia centrífuga de la política española de este siglo y los inconvenientes de coordinación que crea el Estado de las Autonomías, el que se haya asegurado por un partido nacional una dirección clara, acertada o desacertada pero clara, de la política nacional, es un hecho que merece consideración. Se hace hincapié también en el hecho de que

los socialistas cuyas siglas figuran entre los que perdieron la Guerra Civil, debían llegar al Gobierno cuanto antes para que el sistema se consolidase, para que la alternancia fuera una realidad, y las izquierdas y derechas históricas pudieran comprobar que era factible acceder al Poder sin tener que romperse la crisma unos a otros. Sin embargo, la política de consenso propugnada por UCD, ya había asociado en la práctica a los socialistas, e incluso a los comunistas, a la acción de Gobierno. No puede decirse que el PSOE careciera de poder hasta el 82 ni que fuera marginado de las decisiones ni de las instituciones. En fin, si lo necesario era que las izquierdas llegaran al Poder, llegaron con todos los apoyos imaginables y algunos más. Quizás con menos ayudas hubieran llegado pero no hubieran podido quedarse con él.

El ascenso de una nueva clase política, recambio sociológico de los grupos < rigentes, es siempre un buen síntón como casi todos los de movilidad social. Pero el que se produjo desde 1982 no creo que nadie pueda, a estas alturas, considerarlo positivo. Ni en la política, ni en la economía, ni en la Universidad, ni en la Administración, la gente de hoy está más capacitada que la de la época ucedea, que en realidad era una mezcla del personal joven del franquismo y de la oposición de derechas a la Dictadura. Si era inevitable el relevo, en cierto modo generacional, ese relevo ha sido bastante negativo, especialmente en Educación y en la vasta selva de la Administración. En Economía y Política, las opiniones son, lógicamente divergentes. Pero lo opinable en la acción de Gobierno deja de serlo al referirnos al Estado. Esta década de socialismo nos ha traído medio millón más de funcionarios, pero no ha suprimido las ventanillas y el

«Esta década de socialismo nos ha traído medio millón más de funcionarios, pero no ha suprimido las ventanillas y el desapacible trato a los ciudadanos.»

desapacible trato a los ciudadanos. Monstruos burocráticos de nuevo cuño, como el INEM, han demostrado ser tan caros como inútiles, pero a ver quién es el guapo que los desmonta ahora. A pesar de sus ínfulas modernizadoras, los socialistas no han insistido en el rasgo característico de las naciones más avanzadas, que es la primacía de la sociedad civil sobre el Estado y los poderes públicos. Todo lo contrario: la intervención estatal es mayor que en 1982. Esto, desde un punto de vista liberal, es la clave de todo el desbarajuste actual.

Antes de entrar en la cuestión de fondo, que es la de las costumbres, o de la ética civil, si se prefiere, debemos consignar un mérito, no inventado pero sí continuado por los socialistas. Hoy lo pregonan como cosa suya, pero, en rigor, el golphismo fue vencido en 1981 y no en 1982. Fue el Gobierno de Calvo Sotelo (además del Rey, claro) el que hizo frente al Golpe y al Juicio posterior, aún más peligroso, porque de él había de salir un militarismo victorioso o derrotado. Salió derrotado moralmente, estigmatizado para siempre, condenado por la opinión y negado por los militares mismos. Luego, el señor Serra, tal vez, habrá hecho maravillas con el escalafón, pero el hecho político de enfrentarse a los militares golphistas y vencerlos no es mérito felipista sino, en principio, ucedeo. Hay que agradecer al PSOE que no actuara de forma que pudieran resucitar los demonios

familiares pero de ahí a atribuirse el fin del golphismo en España hay un cierto trecho.

Si el fracaso de determinadas políticas viene determinado por las circunstancias, hay algo que sí es responsabilidad exclusiva de los gobernantes: lo que podríamos llamar el tono moral, las formas de comportamiento que el Poder

ofrece a la ciudadanía, la escuela de ciudadanos que todo Gobierno debe abrir con la Ley en una mano y el ejemplo en la otra. Y ahí sí que ni los propios socialistas, ni siquiera Felipe González, podrán decir que esta década ha mejorado España..

«Hay que agradecer al PSOE que no actuara de forma que pudieran resucitar los fantasmas familiares, pero de ahí a atribuirse el fin del golpismo hay un buen trecho.»

El comportamiento de los felipistas ha sido

siempre autoritario, despectivo, sectario, antipatriótico. Los partidos de oposición no han sido tratados como adversarios, sino como enemigos del sistema. El Poder Judicial ha sido permanentemente sitiado, manipulado y controlado. No se ha ahorrado ningún contratiempo a los jueces, y tanto desde el Ministerio de Justicia como desde la Fiscalía del Estado, el Tribunal Constitucional o el Tribunal de Cuentas, los ciudadanos han tenido la segura percepción de que la Justicia está politizada, o lo que es lo mismo, que no hay Justicia. Este es, probablemente, el mayor reproche que en el futuro se le hará al PSOE: la politización de las instituciones, si exceptuamos el que se le hace ya en el presente, y que puede reducirse a una sola palabra: corrupción.

La corrupción es quizás la nota política que en las celebraciones del decenio ha acompañado de forma más insistente a los discursos, mítines y tebeos socialistas. A pesar del revuelo que produjo en la opinión pública y en buena parte del propio PSOE, el tebeo propagandístico que pretendía explicar los «inmensos

logros» de estos últimos diez años, a pesar de la muy negativa repercusión del mitin de Las Ventas en los comentaristas políticos, que lo vieron como la consagración de dos vías opuestas del felipismo, la de Guerra y la de González, a pesar de que, hasta ahora, esa campaña para explicar los logros del decenio no ha tenido eco positivo, lo peor que sin duda le ha sucedido al PSOE es que, al hacer balance y juicio de estos diez años, la nota que le ha acompañado el argumento repetido una y otra vez es el de la corrupción. La década se cierra, pues, con una pérdida de legitimidad izquierdista y la perspectiva, por primera vez, de que el recambio está próximo. La fiesta del PSOE se ha convertido en la esperanza de la Oposición.

Federicq Jiménez Losantes es escritor y periodista.